

“AL TORO PINTADO”

MANUEL LOPEZ PEREZ

“Al Toro Pintado” es una taberna íntima q’ Herminio Ahumada instaló en su casa, la que comparte con su suegro, (mejor sería decir padre político), el Lic. don José Vasconcelos, de la calle de Las Aguilas, en San Angel. Se trata de una pieza comunicada con la amplia cocina de la residencia— y el gastrónomo Ahumada supo bien lo que hizo lo grande esta situación— que sobre la pared, arriba de la puerta, ostenta en letras de tipo idóneo: “Al Toro Pintado”. Famoso por las batanas que personalmente prepara su Padrón. En el interior para el q’ entra, la mesa paralela al muro, siguiendo el costado derecho, los asientos fijos conforme al trazo de la mesa a la izquierda, un estante adosado al muro muestra gran cantidad de botellas de Whisky de diferentes marcas, y en igual prodigalidad y variedad, el cognac, los vinos de mesa, jerez, moscates y cremas. En curiosa y desordenada fraternidad pueden verse quesos de todas clases, latas, embutidos, jamones, tazas y platos, tenedores y cuchillos. Decoran las paredes libres, cuadros de conocidas firmas de México y del extranjero, testimonio ando a Herminio la estimación de maestros y algunas veces de estudiosos pintores, pertenecientes a diferentes y aún disímiles escuelas o tendencias pictóricas.

En la camioneta de Salvador Azuela habíamos llegado Ahumada— citémoslo primero para darle el lugar que merece un anfitrión de su categoría— sus hijas— paso a la belleza el Lic. Andrés Pedrero, Azuela, Juan Hernández Luna, Cuervitas y yo. Ventilamos del Pantheon Jardín en donde habíamos estado acompañando a su última morada al cadáver de don Samuel Vasconcelos, muerto repentinamente el dia anterior, en la casa que habitaba completamente solo, con un gesto de injustificada misantropia. El Lic. Ahumada, jovial sano como un excampeón de

los doscientos metros, insistió con su acostumbrada gentileza, en que pasáramos al interior de su domicilio a tomar un highball. Con las renuncias —no muy firmes— de Azuela y Pedrero, entramos a la casa de Las Aguilas, no parando la penetración hasta que Herminio nos mostró con el índice, y sonriendo, el rótulo que expresa el nombre de la tabernita. Ya instalados, bebimos las tres primeras copas con acompañamiento de gruesas rebanadas de queso tomadas de un par de unidades que nos fueron aproximadas; un magnífico “Provolone”, y un “ranchero” de inconfundible gusto mexicano. Las reticencias de Juan Hernández y de Azuela, representativos de la Filosofía fueron disminuyendo a gran prisa, y el filoso cuchillo hacía estragos sobre la suave y apetitosa pasta de los quesos. El único reacio en comer, era Pedrero.

Nuestra anfitrión estaba radiante de alegría, porque sus amigos, sus viejos amigos y correligionarios de 1929, le habían dado la oportunidad de servirles, actitud que siempre se nota en el hombre civilizado, saludable y felizmente libre de complejos. Comentaba con su voz varonil, jovial y fuerte, sin dejar por ello de estimularnos a honrar al TORO, las pinturas, los lemas y textos que en latín legitimo, tiene suspendidos sobre las paredes en cartulinas perfectamente enmarcadas; dichos y apotegnias que elogian el buen comer y beber, sin escatimar exigencias al que quiera ser buen discípulo de un correcto pantagruelismo. Pero sobre todo hablaba Herminio de literatura. El publica sus ya famosas “Cuadernos” en los que da a conocer producciones de sus amigos, o escritos inéditos de firmas valiosas, obras que en alguna forma han ido a parar a sus manos. Con absoluto desinterés editorial, hace tiradas de ciento cincuenta ejemplares que regala a sus amigos con las dedicatorias que merecen, cediendo cincuenta al autor agraciado. Alguna que otra vez, el Cuaderno contiene

ne cosas suyas, pues ha de saberse que este deportista y gran condimentador de batanas cultiva las letras desde los 11 años. A la altura de tres o cuatro servicios en que cada quien tomaba de lo que quería, se presentó con una bandeja conteniendo apetitosas manitas de cerdo que en poco tiempo desaparecieron rociadas con el vino de nuestros vasos que paradógicamente nos daba inmediata frescura, mientras iba “poniendo fuego en nuestras venas”.

Dos o tres libaciones más, y Ahumada, portador de una nueva bandeja, sonreía feliz al deshacerse en elogios a una lengua de res, recostada en ella y que nos ofrecía “calientita”, recién horneada. El tema de su charla, a esas alturas, era la crítica a los políticos venezolanos, revolucionarios enemigos del régimen que siguió al de Rómulo Gallegos, porque habían omitido invitar a una celebración al Lic. Vasconcelos, quien siempre combatió la dictadura de Juan Vicente Gómez mientras que el discurso oficial lo habían encomendado a don Nemesio García Naranjo, viejo reaccionario....

—Panegirista de Juan Vicente—, completó Pedrero.

—Pues fíjense ustedes en el último de mis “Cuadernos” lo dediqué a Andrés Eloy Blanco, recientemente muerto, poniendo como prólogo una nota del maestro (el Lic. Vasconcelos) en la que trató con despectiva liberalidad al grupo venezolano militante, pero exaltando la valía de Blanco con el vigor y la penetración que le son característicos. Pues tuvieron la audacia de ir a mi Despacho a reclamarle por una parte el aspeco editorial, porque —dijeron— sabían que se estaba vendiendo a cien pesos el ejemplar.... —hombre, dijo Azuela riendo, —todo el mundo sabe que tú realizas esa labor sin buscar utilidad alguna.....

—Así es, pero también es cierto que el librero exigía el precio denunciado por los reclamantes, porque así se lo ha

841

53
Page 2

Al Toro Pintado

bía pedido yo, sabedor de que dichas personas irían a tratar de retirar los ejemplares que por mi indicación se exhibían en los aparadores de la librería, descontentos con el prólogo: sabía yo que así actuarian, enterados, a pesar de estar enterados por una carta que había dirigido a la viuda de Eloy, adjuntando un ejemplar, de que los cincuenta destinados a ella estaban disponibles. La exhibición no tenía otro objeto que honrar al escritor desaparecido. Así que cuando estuvieron en mi Despacho.....

—Los debiste echar con cajas destempladas, —aconsejó Pedrero.

—No fue así. Con toda calma les expliqué lo que ya ustedes saben de mis afanes de editor y los fines incentes con que a ello me dedico. Una vez más les dije que los libros destinados a la viuda estaban disponibles, ya que por que veía a las opiniones del maestro, podía compartir las o no, pero que no deseaba ocultarlas, interesándome sobre todas las cosas la autoridad del escritor en cuanto enfocaba la calidad del poeta que fue Eloy. Por fin se fueron.

—Mientras está el pavo, para que vayamos a comer a la mesa, —entró diciendo Ahumada, después de uno de sus constantes viajes a la cocina con que interrumpía su plática, —les voy a leer algunos poemas de mi cosecha. Unos están publicados, y éstos — señalió algunas cuartillas de su carpeta están recién hechecitos.

—Antes de ese banquete espiritual — intervino al fin Juan — nada dijo usted a los venezolanos acerca de sus incongruencias respecto a la preferencia manifestada a García Naranjo?

—Si, les dije. Aclarado el punto de vista editorial, y demostrado que yo no hacía negocio y que el prólogo contenía lo que yo deseaba: un elogio cumplido al poeta, objeté finalmente la falta de congruencia en la ortodoxia de su partido al preferir, distinguiéndolo con el encargo de orador Oficial en la celebración de marras, a don Nemesio García Naranjo, botafumeiro del dictador. Precisamente entonces fue que se despidieron sin absolver posiciones.

Y Ahumada nos leyó algunos de sus versos. Un poema dedicado a Pedrero, otro a Azuela, afirmando que contenía la expresión de similitudes en la actitud axiológica de ambos el poeta y el inquieto Director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

Yo observaba regocijado las caras de los comprometidos, porque Azuela cuyo anticlericalismo comparto y profeso, no podía concebirse admirando a algunas gentes citadas en el poema, siendo tan prestigiadas en el rol de los valores ultramontanos.

La pieza final leída por Herminio, fue una producción dedicada a alabar el menosprecio a las preocupaciones del saber científico como meta fundamental y exclusiva de la vida, porque el bardo considera más importante y más sabio dedicar nuestras mejores horas a contemplar las rosas y agradecer con cantos las dádivas que "la suprema Sabiduría y el primer Amor" —préstenos el Dante sus palabras— nos dió con el color y con el aroma.

A intervalos, entre poema y poema. Ahumada nos seguía anunciando el pavo, pero nosotros estábamos ya de acuerdo en no excedernos en cosechar más atenciones, y decidimos marcharnos. Así se lo dimos.

—No se irán sin tomar, en el jardín, una taza de café.

Y con exquisita insistencia nos condujo bajo el frondoso castaño de su huerto en la parte posterior de la finca.

Llamaron del interior a nuestro anfitrón, y cuando regresó saltaba alegre como un niño gozoso;

Acaba de llegar el Maestro Vasconcelos, —dijo— y no se irán, porque no pueden dejarlo comer solo.

Estaba escrito que con apetito mellado por las botanas, tendríamos que hacer honores al pavo anunciado, en compañía del filósofo del Monismo Estético. Sino que comer y charlar con Vasconcelos merece nota aparte, y la haremos poniéndole por título MATE, por razones que verá el paciente lector que aguante su lectura. Entre tanto, entramos al ritornelo "AL TORO PINTADO". es — como se dijo al

principio — una taberna, y el moralista puede asegurar que si cada mexicano dispusiera de una en su propia casa, ello equivaldría a tener al diablo presidiendo en cada hogar. Pero puede asegurarse que una taberna como "EL TORO", es una institución respetable, valiosa y sagrada. Imite el que quiera, más bien el que vea, a Herminio Ahumada y comé a su estilo finas carnes, quesos magníficos, preparaciones suculentas y sabrosas, rejando todo con vinos y licores de las más acreditadas existencias en el mercado; pero más que nada, copie el ambiente del TORO: allí se habla de amistad de la Patria, de la Ciencia, de la Filosofía, de la vida de Méjico, con euforia creadora. Así se verá que cuando los erulitos entran en desazón, porque no saben si Omar Khayam en las páginas melodiosas de sus Rabayatas, canta a los templos

o exalta el prestigio de las tabernas — la mayoría de los traductores usan la palabra taberna al vaciar las ilusiones respectivas en los originalis, de términos excluyentes. Un templo — hablando con religioso escrupulo, tal vez no pueda ser una taberna, pero una taberna si puede ser un templo, cuando en su interior, como en una morada del espíritu, se libe, se comulgue y se predique la verdad, la belleza, el bien: el amor "entre los hombres de buena voluntad".

Loemos, pues, a Herminio Ahumada, porque ha instituido en el seno sagrado de su casa, "Al Toro Pintado", para recibir amigos, a diferencia del hospitalario Rey de la parábola de Rodó que dedicó el recinto más recóndito de su palacio a la soledad meditada, un tanto cuanto huyendo de la vida. Oficie en su taberna al poeta amigo y beba no sólo de los vinos de su alcacena pródiga, sino de su inagotable lagar interior — su alma creadora — "secundum ordinem" del gran Rubén Darío: Toma la copa y bebe: la copa está en ti mismo.

Heraldo Mi-
chiacano
18 de agosto 1957.